

*Italian Intervention in the Spanish Civil War* (1975) and *The Political Transformation of Spain* (1979). One critique of *Putting Down Roots* would be its lack of footnotes with sources for the many quotes included, making it a less scholarly book; this is unfortunate as it is the first history of the growth of the apostolate of Opus Dei in the United States. One would hope that a second edition of this book would include these footnotes so that this can become the first history of the development and growth of Opus Dei in the United States.

Madonna Murphy

Javier ECHEVARRÍA, *Vivir la Santa Misa*, Madrid, Rialp, 2010, 197 pp.

Nos encontramos ante un nuevo libro de Javier Echevarría, prelado del Opus Dei, sobre el misterio eucarístico, pues en 2005 había publicado otro con el título *Eucaristía y vida cristiana*, en el que ofrecía a los lectores unas consideraciones que les ayudasen a trasladar a la existencia cotidiana, en la vida práctica, algunas de las consecuencias que dimanaban de este Misterio. Ahora, en este libro, el intento sigue siendo práctico, hondamente vital, pues el autor, al escribirlo, deseaba proponer «un itinerario espiritual que, siguiendo de cerca el desarrollo de los ritos litúrgicos, ofreciera a sacerdotes y seglares materia de meditación sobre la Santa Misa» (p. 16). Con ello ofrece al gran público lo que fue proponiendo en las cartas pastorales que enviaba a los fieles del Opus Dei, durante el Año de la Eucaristía.

La obra, dividida en siete apartados, recorre el desarrollo de la celebración de la Misa, desde la preparación inmediata hasta la conclusión, pasando por los ritos iniciales, la liturgia de la palabra, la presentación de las ofrendas, la plegaria eucarística y el rito de la Comunión.

El libro es relativamente breve y se puede leer en pocas horas. Sin embargo, desde las primeras páginas el lector se siente movido a una lectura reposada, meditando lo que en él se dice e incluso releendo párrafos enteros, pues se gusta la experiencia del autor, nacida de la Misa celebrada con fe viva y ardiente amor, y de honda meditación en diálogo con Jesucristo. La experiencia personal se ha enriquecido, además, con el tesoro de la liturgia eucarística, aprovechado bajo la guía experta de Josemaría Escrivá de Balaguer, del que se ofrecen abundantes citas, y con la enseñanza luminosa de Benedicto XVI, decantada en textos que jalonan todo el libro. No se piense que se trata de un diálogo cerrado de tres interlocutores, porque más bien es una contemplación común de la liturgia de la Misa, alimentada además por abundantes referencias bíblicas y de los Padres de la Iglesia, a las que se añaden otras citas del magisterio papal y conciliar; también destacan una serie de textos de Álvaro del Portillo, predecesor del autor como prelado del Opus Dei, y con el que ha vivido en estrecha cercanía cuatro décadas largas de su vida.

El primer apartado se refiere a la preparación para la Santa Misa. Comienza con el situarse ante el misterio: para eso el autor reflexiona sobre el intercambio admirable realizado por Cristo, que asumió lo nuestro, para hacernos partícipes de lo suyo. Se entiende, pues, que «para participar con fruto en el Sacrificio eucarístico, se requiere que nos presentemos ante el altar revestidos del *traje nupcial* al que se refiere el Señor en el Evangelio (cfr. Mt 22,11-19) [...]. Un corazón reconciliado con Dios permite la verdadera participación» (pp. 23, 25). Naturalmente hay que prepararse durante los minutos que anteceden a la celebración, pero no sólo unos minutos, ya que «es sobrenatural y natural para un cristiano el esfuerzo de mantenerse, con la ayuda de la gracia, en esa amistad íntima que el Señor nos ofrece» (p. 28). El apartado continúa con la consideración del gesto del sacerdote que se reviste de los distintos ornamentos para celebrar el Santo Sacrificio y las oraciones tradicionales que lo acompañaban, recogidas en el misal anterior a la reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II.

El segundo apartado se dedica a los ritos iniciales que se concluyen con la oración Colecta. Desde los primeros gestos, no hay nada banal en la Misa. «Rebosa de significado el simple hecho de reunirse los cristianos en un mismo lugar, a una hora establecida. Asistimos a esa celebración convocados por Cristo, nuestra Cabeza» (p. 41). Los gestos litúrgicos mueven a una respuesta muy personal, no sólo externa, sino más aún interna. «Pensemos, por ejemplo, en el significado de ponerse en pie cuando el sacerdote se encamina hacia el altar. Ese movimiento no se queda sólo en un ademán de cortesía, de buena educación; simboliza la actitud más profunda del cristiano, que se levanta para recibir a Cristo que viene y que, como buen discípulo, se muestra dispuesto a seguirle dondequiera que luego se encuentre» (p. 45). Los gestos se suceden con el riesgo de la poca atención, y en cambio están repletos de significado. «El sacerdote está allí, no en su propio nombre, sino *in nomine Ecclesiae*, en nombre de la Iglesia. Representa, pues, a todos los fieles y en nombre de todos da el beso litúrgico a Cristo, simbolizado por el altar. ¿Qué saludo le ofrecemos cada uno de nosotros?» (p. 46). Con el acto penitencial se aviva el deseo de presentarse ante la Trinidad Beatísima, principal protagonista de la Misa, sin desdeñar de nuestra condición de hijos de Dios. «Con esa contrición sincera estaremos en condiciones de adentrarnos en el misterio de la Cruz, en el camino de nuestra salvación» (p. 48). Con el alma llena de gozo por el canto o el rezo, todos juntos, del *Gloria in excelsis Deo*, concluimos los ritos iniciales presentando a Dios Padre las peticiones de la Colecta, que, a lo largo del año, componen «un abanico de súplicas que se elevan al Cielo con matices diversos, según los tiempos litúrgicos y las fiestas que se celebran, y que nos dispone –ya desde el comienzo del Santo Sacrificio– para acoger lo mejor posible a Cristo en la Comunión» (p. 52).

La Liturgia de la Palabra, objeto del tercer apartado, nos hace gustar con más intensidad la presencia de Cristo entre nosotros. «No en vano, para remover nuestra posible desidia o ligereza, la liturgia establece que se proclame al final de las lecturas: *Palabra de Dios*, que expresa el interés del seguimiento con que el Señor se ha ocu-

pado y se ocupa de su pueblo» (p. 60). Nunca es la Palabra de Dios cosa pasada, al contrario: «las lecturas bíblicas cobran en la Misa una actualidad nueva: trascienden las coordenadas del tiempo y lugar en el que fueron pronunciadas, a la vez que se adaptan a la situación concreta de los fieles que Cristo ha convocado en su presencia» (p. 63). Dios nos habla y el Salmo responsorial guía nuestra respuesta: «La enseñanza recibida se torna plegaria, oración que alzamos a Dios con palabras que Él mismo ha puesto en boca de los hombres; constituye, por eso, la mejor respuesta a los requerimientos divinos que hemos escuchado» (p. 66). La proclamación del Evangelio constituye el momento culminante de la Liturgia de la Palabra; los gestos de la liturgia trascienden el simple leer y escuchar: «Estos gestos tienen un significado muy preciso. Simbolizan nuestros deseos de apropiarnos de la Verdad del Evangelio, de modo que informe plenamente nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones» (p. 69). Sigue la homilía, que –con la acción del Espíritu Santo en los corazones– ayuda al trasvase del Evangelio a la vida de los participantes en la Misa: «En la homilía, el sacerdote explica y adapta a las circunstancias concretas de los fieles el contenido de las lecturas» (p. 71). El Credo es, luego, respuesta a la Palabra que Cristo nos ha dirigido: «La asamblea dominical se compromete de este modo a una renovación interior de las promesas bautismales que, en cierto modo, están implícitas al recitar el Credo» (p. 74). El compromiso empieza inmediatamente a cumplirse con la oración de los fieles: «El cristiano no camina a solas, se sabe parte de la familia humana y comparte, en la medida en que puede –¡y siempre puede rezar!–, todo lo que afecta a sus hermanos» (p. 78).

La Liturgia eucarística comienza con la presentación de las ofrendas (cuarto apartado). «Las palabras que acompañan la presentación de los dones ponen de manifiesto lo que el Señor espera de nosotros. El pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo de los hombres, representan a la entera creación, que ha de ser restituida a Dios –después de estar alejada de Él por el pecado del hombre– merced también al esfuerzo de los cristianos en unión con el sacrificio de Cristo» (pp. 82-83). Y lo primero que hemos de restituir a Dios es la propia persona. «En la Eucaristía, todo lo de Cristo es nuestro y todo lo nuestro es de Jesús» (p. 85). «Todo lo nuestro» hay que entenderlo en sentido cabal: «En el pan y en el vino está representada nuestra entera existencia: el trabajo y el descanso, la salud y la enfermedad, las alegrías y las preocupaciones familiares, los proyectos coronados por el éxito y también los fracasos, que el Señor permite para nuestro bien» (p. 86). Para concluir la presentación de las ofrendas y abrir paso a la Plegaria eucarística el sacerdote invita a todos y a cada uno: «Orad, hermanos [...]». «Recuerda que todos concurren activamente a la presentación de las ofrendas, aunque no se muevan de su sitio» (p. 89).

El quinto apartado está centrado en la Plegaria eucarística. Las plegarias del cristiano son numerosas, pero ésta es «oración solemnísimas» (p. 92): «nuestros corazones, nuestros pensamientos, nuestros afanes..., todo ha de quedar verdaderamente centrado en Dios. No hay aquí lugar para la somnolencia o la distracción. Va a realizarse la acción más trascendente en la que los hombres y mujeres podemos parti-

cipar en la tierra» (p. 95). Cada una de sus partes es una joya espléndida. «El prefacio manifiesta de modo particular la alabanza y la gratitud de la Iglesia [...]. Cada prefacio desarrolla, además, algún motivo singular de agradecimiento, según la fiesta o el misterio que se celebra. Por tanto, se nos brinda un buen momento para que cada uno, con espontaneidad y confianza de hijo, añada en silencio sus motivos personales de gratitud a Dios» (pp. 97 y 99). En unión con Cristo, la intercesión de la Iglesia adquiere dimensiones universales, en todos los sentidos. «Nada es imposible obtener con esta plegaria que Cristo mismo, en cuanto Cabeza de su Cuerpo místico eleva al Padre celestial. Acordémonos especialmente de quienes más lo necesiten, aunque no conozcamos a esas personas. Recemos por la labor de la Iglesia en los lugares de mayor dificultad –a causa de guerras, de persecuciones, de falta de medios, de ambientes no cristianos– o simplemente porque la evangelización se encuentra en una fase incipiente» (p. 107).

Toda la Misa es acción trinitaria, pero especialmente se pone de manifiesto durante la Plegaria eucarística. El autor se fija, en primer lugar, en la presencia operante del Paráclito: «La presencia y actividad del Espíritu Santo se realiza de modo especialísimo en el Sacrificio de la Misa» (p. 111). Nos llena de gozo y admiración descubrirlo: «El mismo Espíritu que obró el prodigio de la Encarnación en el seno de la Virgen María nos trae a Cristo sobre el altar» (p. 113). Con este regalo maravilloso nos garantiza su cuidado incesante de la Iglesia: «Cada día, en la Santa Misa, el Paráclito se derrama sobre la Iglesia para vivificar los desiertos que abundan en el mundo. Desciende para santificarnos e impulsarnos a continuar la misión apostólica de los primeros Doce» (p. 115). Él nos une a Jesucristo para que nos dejemos embeber de su presencia y acción. «Es Jesucristo mismo quien, sirviéndose de la voz, de la voluntad, de la persona del sacerdote, pronuncia las mismas palabras que dijo en la Última Cena» (p. 117). Son palabras que, por los portentos que realizan, sorprenden por su sencillez. «Unámonos con la mayor piedad posible a esas palabras de Cristo, que se hacen actuales en cada Santa Misa» (p. 118). Es una unión comprometedora, porque esas palabras nos tocan de cerca y nos conducen al momento culminante del Calvario. «Jesús espera que le acompañemos en su sacrificio, que perdamos el miedo a colaborar con Él en la aplicación de los frutos de la redención. Y esto requiere negarse a sí mismo, sacrificarse voluntariamente en unión con Cristo por la salvación de las almas» (p. 126). Unidos a Cristo, vivimos en la Misa un coloquio íntimo con el Padre. «Dios Padre ha aceptado el sacrificio de su Hijo y nos lo ha entregado de nuevo, bajo el velo de las especies eucarísticas. Ha acogido también nuestro pequeño y pobre sacrificio, que Jesús ha incorporado al suyo» (p. 134). En ese coloquio recordamos las maravillas de la misericordia de Dios, operadas en la historia de la salvación, que culmina en el misterio pascual de la muerte, resurrección y ascensión de Cristo y de la misión del Espíritu en Pentecostés. «Al “hacer memoria” de Jesús en la celebración eucarística, la Iglesia presenta ante Dios Padre las grandes obras realizadas por su Hijo: nos cobija a todos bajo el amplio manto de la misericordia divina, que se despliega sobre la humanidad merced a los méritos de Cristo» (p. 136).

La atención del autor se vuelve de nuevo al Espíritu Santo. Su inefable presencia «tiene, además, otro efecto íntimamente ligado a la comunión sacramental: reforzar la unidad del Cuerpo místico de Cristo, que se edifica gracias a la Eucaristía» (p. 145). Nos sentimos unidos a todos nuestros hermanos en la fe, a la Iglesia universal aquí en la tierra, a los santos que nos esperan en el Cielo y a las almas del Purgatorio, por las que la Iglesia intercede en cada Misa. «¡Qué seguridad nos confiere la certeza de que, cuando hayamos rendido el alma a Dios, habrá hermanas y hermanos nuestros que ofrecerán el Santo Sacrificio en sufragio por nosotros, ayudándonos a llegar cuanto antes a la morada del Cielo!» (pp. 150-151). Se llega así a la doxología final. «Y el pueblo, a una sola voz, responde el *Amén* más importante de la Misa, expresión del sacerdocio real de Cristo recibido en el Bautismo» (p. 152).

El rito de la Comunión (sexto apartado) nos permite participar de modo completo, perfecto, en la Misa. Comenzamos esta preparación próxima con la oración que Jesús mismo nos ha enseñado. El autor recorre cada una de las peticiones con un breve comentario y, al llegar a la cuarta, se fija en los diversos significados de la petición del pan cotidiano que, de todas formas, «se refiere eminentemente al alimento eucarístico, como atestigua la interpretación de los Padres de la Iglesia ya desde los primeros siglos» (p. 166). La petición que sigue también nos orienta y prepara a la Comunión: «Saber perdonar, no guardar rencor ni resentimiento a quienes nos hayan podido causar agravio, resulta requisito indispensable para que el Señor nos perdone a nosotros, y para ponernos en condiciones de recibirle de modo digno» (pp. 168-169). Esta disposición de ánimo se afianza con el rito de la paz: «Fortalecer los lazos de fraternidad con todas las almas ayuda a unirse fructuosamente a Jesús en la Eucaristía» (p. 171). Luego, «el rito de la *fractio panis* constituye, pues, un recordatorio, una actualización de que la obra redentora está realmente presente ante nosotros» (p. 175). Cuando llega el momento de la Comunión, el autor remarca el paso al yo singular en la confesión de la propia indignidad: «Hasta este momento, casi todas las oraciones de la Misa se decían en plural; ahora, en cambio, cada uno singularmente se dirige a Jesús: *Domine, non sum dignus!*» (p. 178). Lo que obra el Señor en nosotros nos llena de admiración: «al acogerle en la Comunión, nos transformamos en Cristo, según las palabras del mismo Jesús [...]. La recepción del Cuerpo de Cristo en la Comunión nos inserta en ese dinamismo de renovación integral, que no cesará hasta la venida gloriosa de Cristo al final de los tiempos» (pp. 180-181). ¡Qué natural es, por tanto, «permanecer algunos instantes en silencio, en acción de gracias a Dios por habernos entregado a su Hijo como alimento del alma!» (p. 186).

El séptimo apartado (Rito de conclusión) es muy breve, como lo es esta parte de la Misa. Ésta termina en cuanto rito, pero se proyecta en las horas que siguen: «Por ser centro y raíz de la vida espiritual del cristiano, la Santa Misa constituye la fuente de energía sobrenatural que permite empeñarse a fondo en el apostolado. Precisamente porque se ha unido al Sacrificio de Cristo, presente sobre el altar, y porque ha participado del Cuerpo del Señor, el fiel cristiano está en condiciones de llevar el mensaje de

Jesús a sus vecinos y parientes, a los colegas, a todas la personas con las que se cruce en su caminar diario» (p. 191).

Esta recensión puede parecer un tráiler; en realidad esta obra, más que necesitar de un análisis académico de su contenido, invita a vivir personalmente una experiencia de la Misa vivida con una gran dosis de fe y de amor, análoga a la que transmite mons. Echevarría.

Antonio Miralles

Javier ESCRIVÁ IVARS, *Relectura de la obra científica de Javier Hervada. Preguntas, diálogos y comentarios entre el autor y Javier Hervada*, vol. I, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2008, 1-535 pp.; vol. II, *Derecho Natural y Filosofía del Derecho*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2009, 543-861 pp.; vol. III, *Derecho Canónico y afines (1975-2004)*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2009, 869-1007 pp.

Javier Hervada (Barcelona, 1934) es sin duda uno de los canonistas españoles más significativos de la época contemporánea. Estudió en Barcelona y en 1957 se incorporó a la Universidad de Navarra, como profesor de la Facultad de Derecho, de la que fue decano años más tarde, y de la Facultad de Derecho Canónico. Junto con Pedro Lombardía contribuyó a la renovación de los estudios jurídico-canónicos, dándole una fuerte personalidad, con una amplia visión de la Iglesia y de su misión, en la que influyó, además de otros factores, la visión teológica y canónica de Josemaría Escrivá de Balaguer.

Si algo caracteriza la producción científica de Javier Hervada es la altura de su pensamiento intelectual, reconocida por la doctrina científica de manera indiscutida. Además, Hervada ha sabido –a través de la docencia y de la investigación– *hacer fácil lo difícil*, suscitando y allanando nuevos senderos para las generaciones venideras de juristas, en ámbitos tan variados como el Derecho Canónico, el Derecho Natural o la Filosofía del Derecho.

No es casualidad que haya sido un discípulo suyo, Javier Escrivá, quien ha tenido la audacia de acometer una *relectura* del vasto legado intelectual del maestro, resumiéndolo en tres volúmenes que superan las mil páginas y cuyo mérito principal radica, a mi juicio, en el estilo dialogado –tan típicamente hervadiano– entre el autor y el ilustre canonista. En esta obra, Escrivá sintetiza de forma clara y sugerente la producción científica de Hervada, ofreciendo una visión completa de las materias que se examinan. Además, el formato de preguntas y respuestas entre ambos interlocutores permite que su lectura resulte ágil y amable, lo que no es tarea sencilla si se atiende a la envergadura y a la profundidad de la obra tratada.